

270

EL P. CÁMARA

SEMBLANZA

e
/
51

del Exemo. é lmo. Sr.

D. FR. TOMÁS CÁMARA Y CASTRO

del Orden de San Agustin, Obispo de Salamanca

por el

P. CONRADO MUIÑOS SÁENZ

DE LA MISMA ORDEN

Publicada en "La Ciudad de Dios"

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MARCELIANO TABARÉS

7, Calle de Trujillos, 7

G-F 12235



DGCL
A

EL P. CÁMARA

C.1218132

t.144053

EL P. CÁMARA

SEMBLANZA

del Exemo. é límo. Sr.

D. FR. TOMÁS CÁMARA Y CASTRO

del Orden de San Agustín, Obispo de Salamanca

por el

P. CONRADO MUIÑOS SÁENZ

DE LA MISMA ORDEN

Publicada en "La Ciudad de Dios"

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MARCELIANO TABARÉS

7, Calle de Trujillos, 7

1
Todo.
Seguete

23X15

46 PS

2
SIA

EL P. CÁMARA

Frescas las impresiones dolorosas, terribles y consoladoras que han agitado mi corazón en estos amargos días; impresiones dolorosas por la angustia de las alternativas de la enfermedad y por el sacudimiento de la muerte de quien era uno de mis más intensos amores; terribles por la vista de aquellos restos queridos en descomposición espantosa; consoladoras por el espectáculo de una ciudad que tributa á su bienhechor muerto el más hermoso de los homenajes, el homenaje de las lágrimas, no voy á escribir la tercera ó cuarta de las biografías (1) que en distintas épocas de su vida y en distintas publicaciones he escrito del Excmo. Sr. D. Fr. Tomás Cámara y Castro, Obispo de Salamanca, gloria del púlpito, de las Academias, de la tribuna y de las letras nacionales, prestigiosísima figura del Episcopado español; voy á hablar del *P. Cámara*, del hombre íntimo, del Maestro bondadoso, del generoso alentador de todo lo bueno, del amigo entrañable, del alma delicada y noble, del corazón hermosísimo, de aquél que para mí comenzó por ser padre y sin dejar de serlo, concluyó por ser amigo, de aquél á quien yo puedo llamar con frase de nuestro común Padre San Agustín, *dimidium animae meae*.

Casi desde niño tengo el hábito de admirarle; con embeleso escuché de sus labios elocuentísimos las grandezas de la filosofía, cuyos secretos abrió á mi inteligencia, y las

(1) La biografía más completa del P. Cámara es la que en su *Catálogo de escritores agustinos* publicó el P. Bonifacio Moral en LA CIUDAD DE DIOS (1897, tomo XLII, págs. 5, 81 y 161) y reprodujo en folleto aparte. (Madrid: Imp. de Aguado, 1897).

hermosuras del arte que desplegó á mis ojos asombrados; yo le presté mi pobre cooperación revolviendo libros, compulsando citas, rebuscando datos al empezar su vida literaria; yo he seguido con creciente admiración, con ardoroso entusiasmo el también creciente encumbramiento de su gloria; yo no he perdido ocasión de manifestarle esa admiración y ese entusiasmo, hasta haberseme señalado ese hecho como un defecto, como una monomanía. Harto he escrito acerca del hombre ilustre; quiero hablar al borde de su tumba del hombre santo: harto he dicho en su vida lo mucho que le admiraba; quiero á su muerte decir lo mucho que le quería. De sus asombrosas iniciativas, de sus brillantes talentos hay muchos y buenos testigos, porque son cualidades que desde ciertas alturas no se pueden ocultar; pero de la hermosura de su alma, cuyas prendas más preciadas ocultó cuidadosamente hasta el punto de haber sido desconocidas y aun negadas por algunos, pocos testigos habrá tan abonados como el autor de estas líneas, que ha sentido más cerca acaso que nadie los latidos de aquel gran corazón.

Porque eso fué antes que nada y sobre todo, el Padre Cámara: un gran corazón. El corazón fué el grande, el único resorte de su vida entera; de él subían las inspiraciones á la inteligencia, que á su contacto resultaba brillante y luminosa; él comunicaba á la voluntad aquel entusiasmo con que acogía y apoyaba todo lo bueno; aquella fecundidad asombrosa de iniciativas, aquellos arranques geniales y aquellas resoluciones que á muchos parecían temerarias; el corazón le sostenía en la lucha titánica con las dificultades hasta presentar realizadas empresas que juzgó imposibles la prudencia humana; en su mismo corazón, puesto en contacto con el Corazón divino á los pies del Sacramento, encontró el Ángel confortador que le sostuvo en el largo Calvario de su vida, amargada frecuentemente por la contradicción y hasta por la calumnia de quienes más dolor habían de causarle. En su corazón, en fin, se encuentra la clave, para muchos totalmente ignorada, y de la mayor parte poquísimamente conocida, no sólo de su vida moral y puramente afectiva, sino de su misma vida intelectual. Para apreciar en toda su grandeza la excelsa

figura del orador, del escritor, del académico, del senador, del Obispo, del Excmo. Sr. D. Fr. Tomás Cámara y Castro, hay que prescindir de sus títulos, de sus medallas, de sus obras, de sus ornamentos episcopales, y estudiarle bajo el sencillo y modesto hábito agustiniano, que siempre fué el de su amor y sus preferencias, la librea de que más se preci6 toda su vida; hay que estudiar al que, antes que académico, que senador y que Obispo, era para sus hermanos, para sus íntimos, para el mundo literario, para el pueblo cat6lico espa1ol, y ser6 con seguridad para la historia, sencillísimamente *el P. Cámara*.

I

Poco había que tratarle para dejar de conocer en él, como prenda característica, el predominio de la vida afectiva. Su conversaci6n amena, dulce, entusiasta, entra1iable aun en los casos en que su deber le imponía la etiquesta; el tino con que al trav6s de ella y de las conveniencias sociales, sabía conciliar una exquisita finura y unos modales naturalmente distinguidos y aristocr6ticos con la m6s ingenua sinceridad y delicadísimos rasgos de una sensibilidad imposible de ocultar, le captaban sin remedio las simpatías generales á que ya predisponía su hermosa figura con cierta suavidad y distinción en su rostro, en su sonrisa, en sus ojos dulcemente expresivos, en todos los ademanes y movimientos de su cuerpo, llenos de recatada modestia y soberana elegancia. Cuando despu6s se le veía transfigurarse en el p6lpito, brotar á torrentes de sus labios la palabra rica y llena de imágenes, fulgurar en sus ojos negros el fuego de la inspiraci6n, hablar con la cabeza, con las manos, con todo el cuerpo; pero sin perder un átomo de la cortesía ni de la modestia, sin que en sus ardorosos arranques y valientes ap6strofes perdiese un momento la serenidad y la mesura; sin que asomase á sus labios una sola nota amarga ni una sola nota dura; aquella elocuencia insinuante, viva, ardorosa, exclusivamente suya, que siempre buscaba la nota entusiasta con preferencia á la severa,

que no tenía límites para aplaudir el bien y siempre hallaba atenuantes para censurar el mal; aquella palabra de verdadero apóstol que, creyendo en la bondad y en la nobleza nativa del corazón humano, que juzgaba sin duda tomando por modelo el propio, á él se dirigía siempre, y procuraba sacudirle, y levantarle y redimirle más por la hermosura y el amor de la virtud que por el miedo y por los horrores del vicio, descendía como rocío benéfico sobre las almas, que empezaban por conmoverse, pasaban luego á quedar convencidas y avasalladas, y concluían por sentir hacia la persona del orador, no ya la admiración que pasando á ser respeto puede concluir hasta en miedo, sino la irresistible simpatía, tanto más intensa cuanto menos buscada por la persona, y más exclusivamente debida á la ingenua manifestación de prendas sobresalientes ignoradas del mismo que en su exclusivo propósito de inculcar el bien y la verdad, no puede hacerlo sin exhibir un pedazo de su alma, de entrambos enamorada.

Así se explica que durante su breve estancia en Madrid como Obispo Auxiliar de Toledo, á pesar del enorme salto desde su retirada celda de Valladolid, adonde había entrado á los quince años, hasta la brillante corte de Don Alfonso XII; sin casi trato del mundo, con la escasa experiencia que en tales condiciones podía haber adquirido á la edad de treinta y seis años que á la sazón contaba, humilde como un novicio y vergonzoso como una virgen, no sólo se abriese camino, sino que descollase á una altura que ningún Prelado, y sea dicho sin ofensa de los demás, ha alcanzado en la corte de nuestros Reyes, y se captase la admiración universal, y el unánime aplauso de la prensa por sus conferencias famosísimas, y se le abriesen espontáneamente de par en par las puertas de los palacios, y alcanzase en la nobleza aquellas arraigadas simpatías que no buscó ni jamás utilizó sino para el servicio de Dios y las obras de caridad. De la misma Familia Real recibió constantes pruebas de afecto que jamás utilizó en provecho propio, hasta morir de Obispo de Salamanca y con el pecho *limpio de condecoraciones* tan fáciles de alcanzar por hombres de menos mérito; él, de quien D. Alfonso XII. mostró tan alta opinión, que por sola su recomendación dió

á la Orden Agustiniiana el Real Monasterio de El Escorial; él, á quien ha distinguido siempre S. A. R. la Infanta Doña Isabel, y á quien la angelical Infanta Paz ha demostrado un afecto entrañable fundado en la analogía de las almas. Razón ha tenido S. M. el Rey Don Alfonso XIII para llorar al saber su muerte; pero quizás no sabe bien todavía lo que debe al P. Cámara, la generosa fidelidad con que le ha servido y respetado, el ardor con que ha luchado por su Rey hasta en aquellos momentos en que la calumnia trataba de manchar su limpio nombre ante las gradas del trono que acató siempre, pero que nunca aduló como sus calumniadores.

Si tales simpatías alcanzaba en su vida pública, donde las consideraciones sociales le imponían, no un artificioso disimulo de que siempre fué incapaz, pero sí miramientos y reparos que impiden la libre expansión de la personalidad, y donde la humildad le hacía ocultar las más delicadas prendas de su espíritu; tratado en la intimidad, cuando al venir al Escorial y hallarse entre sus hermanos dilatava literalmente los pulmones para respirar más ancho, arrojaba los capisayos y ponía el pectoral sobre la simple muceta negra de la capilla agustiniana, y se complacía en recorrer el edificio como un religioso más, y dirigía cariñosamente la palabra al último lego que tropezaba á su paso; cuando en íntimas confidencias con sus antiguos discípulos y con los discípulos de éstos, se interesaba por nuestras cosas, se enteraba de nuestros proyectos, manifestaba entusiasmos infantiles por cualquier fausta noticia, resolvía con su consejo, con su estímulo, con su dinero cualquier dificultad que surgiera; estimulaba á éste, reñía cariñosamente al otro, aguijaba á todos para ir adelante en todas las nobles empresas, y tenía para todos frases de encomio y palabras de cariño, y soñaba, y padecía y lloraba y reía y bromeaba con nosotros, ¡oh! entonces era cuando aparecían tan hermosos los subidos quilates de su alma, que á aquel hombre no había más remedio que quererle. Ni las dignidades ni los aplausos le desvanecieron nunca: en entrando en un claustro agustiniano, en sintiéndose entre *los suyos*, él que siempre y en todas partes era ante todo agustino, era entonces sencillísimamente el

P. Cámara, el mismo P. Cámara que escuchamos en la cátedra y que tratamos en la dulce convivencia del Real Colegio de Valladolid, cuando, niños todavía sus discípulos de dieciseis y dieciocho años, soltábamos la más unánime y espontánea y estruendosa de las carcajadas al oírle llamarse *joven*, y la redoblábamos al admirar la elocuencia con que trataba de probarnos lo que reputábamos absurdo: que era *joven* un hombre á los veintiseis años que tenía á la sazón. ¡Cuántas veces se lo he recordado, y cuántas veces lo hemos reído juntos al ver cómo se ensanchan los linderos de la idea de la juventud á medida que sube la edad, y cuando oíamos sobre todo á nuestro común y venerable Maestro el P. Joaquín García llamarnos á los dos *niños*, sin reparar en que hacía veinte y treinta años respectivamente que nos lo estaba llamando! Sí: sólo quien no ha tratado de cerca al P. Cámara ha podido dejar de quererle.

No es una exageración ni una figura retórica lo que he dicho de que á su corazón lo debe todo: de tal manera es verdad, que le debe hasta su ciencia. Recordaba hace poco el diario católico *El Universo* lo que él consideraba como *un rasgo* del P. Cámara, cuando no es en realidad sino un caso del sistema que siguió toda su vida: el haber resultado antropólogo de repente para escribir una hermosa pastoral sobre antropología, revolviendo una balumba de libros para él dos meses antes completamente desconocidos, por sólo el interés de contrarrestar con sana doctrina las enseñanzas heterodoxas de un profesor salmantino. El mismo procedimiento siguió siempre, y con ese procedimiento se hizo un sabio. Por eso su sabiduría, como su estilo, como su carácter, se manifestaba por ráfagas más que por el brillo constante y sostenido. No quiero decir que no fuera constante, que, al contrario, la constancia es una de las cualidades que en él más asombran, sobre todo combinada con la rapidez y la fecundidad de concepción; pero su constancia no era hija de metódico y reflexivo procedimiento, sino de la incesante repetición de los impulsos: no era la constancia de la turbina; era la de la máquina de vapor; mejor aún, la del motor de gas, debida á constantes explosiones. Así le obligaron también á proceder las circunstan-

cias en que se desenvolvió su educación científica y literaria. Con motivo de la novela del P. Coloma y de la obra del P. Blanco García se ha hablado de un novelista y de un crítico por generación espontánea, infiriendo á las Corporaciones religiosas el agravio de creerlas incapaces de formar críticos y novelistas, lo cual, y prescindiendo del P. Coloma, que entró hecho novelista en la Compañía, no era ya verdad al formarse el P. Blanco en la Orden Agustiniiana; pero sí lo era, aunque no por deficiencia interna de la ilustre Corporación, sino por las condiciones á que la habían reducido las revoluciones españolas, cuando se educó el P. Cámara.

Disueltas todas las antiguas y gloriosas provincias agustinianas, quedó solamente la de Filipinas, no menos gloriosa por otro concepto: por el heroísmo y la vida de apóstoles de sus hijos; y extinguida la última generación de poetas, literatos, historiadores y doctísimos catedráticos agustinianos al descender al sepulcro el P. Muñoz Capilla, el Maestro La Canal y los Doctores Jáuregui y Olavarría, tres nombres solamente brillan entre las espesas tinieblas de que, escasa de personal, pobre de recursos, obligada á reducirse al ministerio apostólico en lejanas colonias y sellados sus labios por el temor, se vió envuelta la antigua fecunda Madre de Fr. Luis de León y Flórez: los nombres del insigne botánico P. Blanco y de los sabios geógrafos PP. Buceta y Bravo. Al ingresar el Padre Cámara de quince años, en 1862, en el Real Colegio de Valladolid, era éste el único de la provincia y aun de la Orden en España, lo cual imposibilitaba la abundancia de religiosos con las naturales consecuencias para la abundancia de personal científico en tiempos en que Filipinas lo necesitaba todo y en que los viajes se hacían aun en barcos de vela por el Cabo de Buena Esperanza; durante sus estudios vino la Revolución de Septiembre y estuvo determinada por el Gobierno la supresión del Colegio de La Vid, recientemente adquirido, donde los seguía; al terminarla, ardía España en los horrores de la guerra civil. ¿Quién en tales circunstancias puede cultivar las ciencias, para las cuales es condición necesaria el reposo y la quietud? Y sin embargo, en ese ambiente de lucha, en esa

constante zozobra del presente, entre las incertidumbres de un porvenir preñado de tempestades, se hizo sabio el Padre Cámara como en tales circunstancias puede sólo hacerse sabio un hombre como él.

El P. Cámara es el único caso que conozco de verdadera generación espontánea científica. No le faltaron estímulos ciertamente, que por tradicional espíritu de la Orden, siempre ha sido en ella bien mirado el cultivo de todo linaje de estudios, y las prendas morales é intelectuales del joven estudiante le ganaron el cariño de sus Superiores que en ellas cifraban grandes esperanzas, y tuvo por maestro al sabio cuanto modestísimo P. Tirso López, á quien vemos con pena llegar á la vejez sin que por su excesivo encogimiento luzca en la proporción que fuera de desear el inmenso tesoro de ciencia que ha acopiado en silencioso é incansable estudio; el bondadosísimo P. Tirso, gran alentador de jóvenes, verdadero capitán Araña científico, que á todos nos ha lanzado al público mientras él, que sabe más que todos, se arrincona en su celda para desde allí saborear triunfos ajenos: no le faltaron estímulos, pero le faltaron medios, le faltó el ambiente necesario, le faltó algo todavía más importante, la dirección. De aquí las vacilaciones, los tanteos, la pérdida de tiempo en busca de la verdadera vocación literaria en quien, enamorado de la ciencia más todavía que con la cabeza con el corazón, más por lo que tiene de bien que por lo que encierra de verdad, más por sus esplendentes hermosuras que por sus áridas disquisiciones, todo lo quería probar y todo lo quería saber. Atesoró sin duda gran riqueza de variadísimos conocimientos, pero fué á costa de la intensidad de cada uno. Por eso no fué especialista en nada, fuera de la oratoria, en que debió mucho más á la naturaleza que al arte; pudiendo haberlo sido, por nativas aptitudes de clarísimo entendimiento, rica imaginación y sensibilidad exquisita, en varios de los estudios que sucesivamente cultivó; por eso su cultura ha sido siempre más variada que metódica; pero poseedor de conocimientos generales, bien cimentado en los estudios filosófico-teológicos, trabajador infatigable á pesar de su endeble complexión, y dotado de una facultad de asimilación verdaderamente portentosa,

en cuanto el estímulo del deber ó la consideración de la gloria de Dios ó del servicio de la Iglesia lo exigían, improvisaba con una facilidad estupenda el dominio de ciencias que no dominaba ó de las que sólo conocía vagas generalidades. Él solo se formó á sí mismo, científicamente hablando, y se formó por entusiasmos del corazón amante de todo lo bueno, y no por curiosidades especulativas de la pura inteligencia: en cuanto después estudió, siempre intervino algún móvil mucho más noble y levantado que el nobilísimo también, pero menos afectivo y menos poético, del simple deseo de saber.

Cuando, elevado al Profesorado, y trocadas por la Restauración las circunstancias, su alma entusiasta y soñadora se entregó por completo á la risueña esperanza de restaurar las tradiciones literarias Agustonianas mediante un nuevo plan de estudios que él mismo redactó y que los Superiores aprobaron; la necesidad de suplir la falta de Profesorado le hizo matemático, lingüista, naturalista, cuanto fué necesario para dar á los jóvenes que empezábamos las primeras nociones, estudiar mediante ellas nuestras aptitudes, estimular en cada uno el cultivo de la que en él descubría y preparar la formación del brillante Profesorado de que bien pronto pudo disponer la Orden. Obra suya fué la ampliación de la Biblioteca, la creación de un Observatorio meteorológico y de un riquísimo gabinete de Física é Historia natural é innumerables mejoras introducidas en los estudios. Era de ver el entusiasmo con que él veía cada mejora alcanzada, su alegría al descubrir alguna aptitud en un discípulo, la actividad con que en cátedra y fuera de cátedra á todos nos traía al retortero, sin dejarnos un momento de vagar, caldeando nuestros espíritus juveniles con el recuerdo de antiguas glorias y la risueña perspectiva de un glorioso porvenir. Adheridos á él por admiración y cariño, le secundábamos en todos sus propósitos: á su alrededor clasificábamos los objetos del gabinete, y hacíamos todos los experimentos de Física que hallábamos en la de Ganot, bajo la dirección, primero, del doctísimo y ya difunto profesor de Ciencias fisico-químicas de la Universidad valisoletana, Dr. D. Dionisio Barreda, que nos instruyó en el manejo de los aparatos, y luego ya por

cuenta propia. Con haber escogido para ello las horas de recreo y las vacaciones de verano, lejos de echar de menos nuestras diversiones favoritas, oíamos embelesados su animadísima charla, presenciábamos encantados los experimentos y reíamos no pocas escenas cómicas á que daba ocasión su ardiente deseo de enseñárnoslo todo junto con su miedo cervical, que en vano trataba de disimular, á los aparatos eléctricos. Una descarga inesperada, por insignificante que fuese, le hacía dar un salto y emprender una carrera, y esas descargas eran frecuentes, las más por impericia suya y nuestra en el manejo de los instrumentos, pero algunas maliciosamente provocadas para proporcionarnos el espectáculo de su miedo, que él luego reía á coro con nosotros. ¡Qué días más felices aquellos en que con él fantaseábamos sueños de color de rosa, en su mayor parte realizados poco después! ¡Qué fiebre de estudiar, qué anhelo de trabajar, qué íntima comunicación, qué identificación más bien entre Profesor y discípulos! Ningún Profesor ha suscitado jamás entusiasmos tan ardientes ni carifios tan intensos como los que nosotros sentíamos y hemos conservado siempre hacia nuestro Profesor; no he conocido mayor fascinador de espíritus, ni mayor conquistador de voluntades que el P. Cámara. Se le ocurría una idea, y allá íbamos todos á realizarla con él locos de alegría. Con motivo de no sé qué fausto suceso, se le ocurre probar á dar á Valladolid por primera vez el espectáculo de la luz eléctrica. «¡Magnífico!, nos decía: vamos á ser los primeros. ¡Que nos llamen después obscurantistas!» Y á cencerros tapados, bien cerradas las ventanas por el temor de un fracaso y por saborear de antemano la sorpresa de la ciudad, restregándonos las manos de gusto, íbamos y veníamos, limpiábamos las pilas Bunsen, amalgamábamos el zinc, poníamos los hábitos hechos una perdición con los ácidos: aquello era un hormiguero en conmoción. Cuando en el regulador saltó limpia, clara, la primera chispa, creímos que el P. Cámara se volvía loco: saltaba, corría, nos abrazaba, y luego nerviosísimo, febril, abría de par en par la ventana, colocaba el regulador, y enfilándole hacia la entrada de la calle de Santiago, inundaba con brillantísima ráfaga de luz la ciudad, que, sorprendida, acudía en

masa al Campo Grande ansiosa de contemplar el nunca visto espectáculo.

Lo que más en él nos atraía y nos cautivaba era su absoluta carencia de entonos y de ínfulas profesoriales: no disimulaba que estudiaba con nosotros, y aunque le profesábamos un respeto tanto mayor cuanto menos pretendido, la confianza se sobreponía al respeto, y le dábamos gusto en su deseo de ser considerado como el mayor de los estudiantes, como *un joven*. Con humildad tanto más hermosa cuanto más limpia de toda gazmoñería, antes al contrario, alegre, risueña, espontánea, como de quien la llevaba connaturalizada en el alma y la manifestaba sin necesidad de lucha, no sólo nos comunicaba todos sus proyectos y sus esperanzas todas, sino que nos consultaba sus primeros escritos, nos asociaba á sus empresas literarias, atendía observaciones que adoptaba entusiasmado si eran aceptables y que acogía con benévola sonrisa si eran, como eran las más, pueriles. Nosotros le hicimos escritor, animándole á lo que entonces nos parecía empresa titánica: publicar un libro; buscándole datos, facilitándole notas, revolviendo las bibliotecas para propórcionarle apuntes y copiarle citas; prestándole, en fin, nuestro delirante aplauso y nuestra decidida cooperación material. Á tal punto llegó el heroísmo de su humildad, que al verse en cátedra de Matemáticas sobrepujado por un discípulo que, dotado de excepcionales aptitudes para aquella ciencia, iba más aprisa que él, muy lejos de sentir la mortificación más leve, comenzó por sonreirse y concluyó por entusiasmarse y animarle á continuar facilitándole libros, haciendo después que se le enviase á centros especiales donde pudiera cultivar esa aptitud y dispensándole constantemente la generosa y desinteresada y ardiente protección que siempre dispensó á cuantos en cualquier género de estudios manifestaban disposición no común, aunque sin mortificar á los menos privilegiados, á quienes estimulaba á estudiarse, persuadido de que no había hombre absolutamente inepto y que no estuviera dotado de grandes aptitudes para algo, y de que toda la dificultad se reducía á descubrirlas y aplicarlas al objeto para el cual había nacido.

Un rasgo puedo contar que demuestra mejor que nada

los subidísimos quilates de su humildad y la hermosura de su alma. Habían pasado algunos años, y la figura y el prestigio del P. Cámara se había agigantado á nuestros ojos con la publicación de su famosísima y justamente aplaudida *Contestación á Draper*. Era él ya una legítima gloria de la Orden y del Clero español, y era yo á la sazón un muchacho de veinte años, á quien él había encaminado por la senda de los estudios literarios, aplaudiendo mis primeros ensayos poéticos, publicándome en *La Ilustración Católica* mi primer cuento que, por casualidad, vino á caer en sus manos, *El hijo de la lavandera*, y poniéndome en la precisión de concurrir al primer Certamen poético, donde, con extraordinaria complacencia suya, tuve la fortuna de obtener un premio por la composición *Cervantes en Argel*. Tan insignificantes ensayos de un principiante, le bastaron para invertir los términos y querer constituirse en discípulo, rogándome le anotase todos los defectos literarios que advirtiera en su libro, cuya segunda edición preparaba. En una serie de cartas que le escribí desde el Colegio de La Vid, donde yo cursaba la Teología, al de Valladolid, donde siempre ejerció el Profesorado (1), notábase yo, en efecto, página por página, algunos defectos de estilo en que le hicieron incurrir la falta de dirección literaria, la precipitación con que tuvo que escribir su obra, y más que nada, la moda entonces muy generalizada entre escritores de quienes era admirador, como los Fernández Guerra y el Padre Mir, de degenerar en arcaicos por la nimia pretensión de ser castizos; moda á la cual propendía además el P. Cámara por su constante meditación de nuestros grandes místicos y por el horror que á los galicismos le había inspirado la frecuente lectura del Diccionario de Barralt. Tanto agradeció y estimó mis correcciones, tales ponderaciones hizō de ellas sólo porque el respeto que le debía, me obligó á razonárselas á mi modo, que, con no aceptarlas todas, porque, en efecto, no todas eran igualmente

(1) No es exacto lo que á su muerte han dicho algunos periódicos de su estancia en Filipinas: el P. Cámara entró en el Noviciado en Valladolid, terminó su carrera en La Vid, é inmediatamente después hizo el ejercicio de oposición al Lectorado ó Profesorado que desempeñó en Valladolid hasta su promoción al Episcopado.

aceptables, al encuadernar después, por orden de los Superiores, el autógrafo de su libro para conservarlo en la Biblioteca, puso por condición para ello que en el mismo volumen se encuadernasen mis pobres observaciones. Siendo ya Prelado insigne, universalmente admirado y respetado, siguió haciendo lo mismo conmigo, con el P. Blanco García, con otros varios discípulos, á quienes nunca se desdendió en consultar y cuyas correcciones aceptaba siempre bien y á veces con verdaderos transportes de alegría.

II

Así, burla burlando, preparó la transformación, la verdadera revolución que meditaba en el gran Instituto agustiniano. Apenas contó con un par de discípulos formados á su gusto, empezó á tratar en serio de llevar á la práctica el primero de sus dorados ensueños: la fundación de una Revista que, empezando por precisión con modestia, había de ensanchar su programa á medida que se aumentasen los medios, y cuyas aspiraciones no se extendían á menos que á llegar á ser la primera de las Revistas científicas españolas. En Diciembre de 1880, obtenido ya el permiso, me escribía cuatro líneas en que condensaba la inmensa satisfacción de su alma: «¡Tenemos Revista! Cuento con usted», y en Enero de 1881 publicaba el primer número de la REVISTA AGUSTINIANA, que era entonces mensual. En Abril del mismo año celebraba mi primera Misa, me incorporaba con él en Valladolid, por él recibido no ya como inferior, no ya como discípulo, sino como amigo y compañero del alma, para trabajar y soñar juntos. Los tres años que pasé con él hasta su promoción al Episcopado han sido los más felices de mi vida. Nuestro Colegio de Valladolid iba á ser la resurrección del gran Convento de San Agustín de Salamanca; teníamos en una quinta de las orillas del Pisuerga un trasunto de la *Flecha* de las orillas del Tormes, con su *fontana pura*, con sus árboles y sus flores y sus pájaros y sus brisas tan admirablemente descritos por nuestro querido Fr. Luis, y donde teníamos nuestros diálogos, no ciertamente tan profundos, pero sí tan

amenos como los de los *Nombres de Cristo*, diálogos en los cuales atribuía yo el papel del sesudo y reflexivo *Marcelo* á nuestro común Maestro el venerable P. Tirso López; el del agudo y expansivo *Juliano* al P. Cámara, reservándome yo el de *Sabino* por lo joven, por lo discípulo, y sobre todo por «la condición de pájaro inclinado á cantar en viendo lo verde.»

Allí nos hartábamos de fantasear y de soñar planes grandiosos en los cuales siempre él me llevaba la delantera, porque sin escribir versos, era inmensamente más poeta y más soñador que yo, y sobre todo juntaba á esta condición un atrevimiento y una constancia para la ejecución de que yo me sentía incapaz. Cada noticia que recibíamos de los frutos que iba dando en los jóvenes su labor educativa, frutos por él tan ansiosamente esperados, le causaba una verdadera explosión de júbilo, y tras él la introducción inmediata de alguna mejora en la Revista. Allí fuimos sucesivamente *descubriendo* al malogrado filósofo P. Marcelino Gutiérrez, al reputadísimo crítico P. Blanco García, y á otros muchos que no nombro por estar entre los vivos. El primero y el más inesperado, porque con haber manifestado siempre inteligencia profunda, su carácter taciturno y sus modestas aficiones no hacían sospechar en él la madera de escritor, fué el Padre Gutiérrez. Examinando yo su primer trabajo, *Fr. Luis de León filósofo*, á la media docena de cuartillas me precipité en la celda del P. Cámara diciéndole: «Tenemos un filósofo y tenemos un escritor.»—«¿Quién?»—me contestó nerviosísimo, pálido de emoción el P. Cámara.—«Marcelino»,—le contesté.—«¡Marcelino!—exclamó sorprendido.—Filósofo, no lo extraño, pero ¿escritor también? Eso es miel sobre hojuelas.» Y empezó en seguida, con aquel ímpetu fervoroso, con aquella rapidez de resoluciones característica suya, á idear tales proyectos, que le escuché con espanto. Y los proyectos, sin embargo, eran poco después hermosísima realidad con general asombro; porque eso es lo que más he admirado siempre en el P. Cámara; cómo se arreglaba para dar libre expansión á un alma veheméntísima, á un corazón de grandes ímpetus, á una imaginación ansiosa de cosas grandes, sin traspasar nunca los límites

de lo real. Todas sus empresas han parecido locuras cuando las imaginó, y en todas ha demostrado su posibilidad realizándolas por el antiguo procedimiento de demostrar el movimiento andando. Así levantó el templo de San Juan de Sahagún y el hospital de Macotera; así en pocos años y sin más elementos que los producidos por su personal actividad, llevaba proporcionalmente más adelantada su grandiosa basílica consagrada á Santa Teresa en Alba de Tormes que lo están con los recursos nacionales la Catedral de la Almudena en Madrid y el templo de la Sagrada Familia en Barcelona; y si Dios le hubiera dado más vida, el P. Cámara la levanta ó no la levanta nadie. Y es que todas sus inspiraciones brotaban directamente del corazón, y el corazón tiene una lógica peculiar á que no alcanza la fría inteligencia, y desarrolla energías desconocidas del cálculo; es que su alma era muy parecida al alma de Santa Teresa, de aquella mujer portentosa que tantas maravillas realizó con tan pobres elementos, y poseía como ella el gran secreto desconocido del mundo: el de una fe á prueba de contrariedades y una absoluta confianza en Dios.

Cuando los demás dudábamos, cuando los demás veíamos dificultades sin cuento, él se arrojaba resueltamente á la empresa, nos ponía en el compromiso ineludible de seguirle, y allá teníamos que ir, arrastrados, fascinados por su ejemplo, por su enérgica elocuencia, por sus ardientes arranques, viendo con asombro la serenidad de aquel hombre á quien aguijaban las dificultades que parecían desvanecerse á su vista. La vacilación y la duda le sacaban de quicio: cuando después de su promoción al Episcopado, quedé yo al frente de la Revista é inauguré el año 1884 con un artículo en el cual empezaba lamentando las condiciones á que quedaba reducido por falta de su concurso para conservarla á la altura á que él la había elevado, el P. Cámara se apresuró á reprenderme... como él siempre reprendía—según frase feliz que he oído á uno de sus familiares de Salamanca—*echando los brazos al cuello*, y me dirigió una carta destinada á publicarse, carta en que las sugerencias de su cariño y el temor de que ante el público desmereciese su obra, le hacían ver tales méri-

tos y tales cualidades en mí, que hubiera sido notoria inmodestia publicarla, y á duras penas conseguí dejar de hacerlo con la promesa de no volver á hablar en términos parecidos. Así era el P. Cámara: ó no veía, ó le parecían la cosa más natural del mundo las excepcionales dotes con que Dios le había pródigamente enriquecido, y en cambio, ponderaba hasta la hipérbole, y encarecía sin límites y ponía empeño en que todos conocieran la más insignificante aptitud que descubriese ó que el cariño le hiciera figurarse en sus discípulos, con cuyos triunfos gozaba tanto como los suyos le dejaban indiferente en lo que tuvieran de personales. Celebrábase, por ejemplo, el Centenario de Santa Teresa en Salamanca; el P. Cámara nos embarcó á cuantos pudo para concurrir al certamen, quedándose él en tierra, y al recibir durante la cena un telegrama con la noticia de haber obtenido premio los cinco Agustinos que concurren, pide al Rector dé permiso para hablar, lee en alta voz el telegrama, y con palabras de fuego, con una alegría que no podía disimular, da á los premiados la enhorabuena y exhorta á los estudiantes á seguir su ejemplo.

Tenían sus inconvenientes tales entusiasmos; á veces nos avergonzaba al presentarnos á sus amigos; otras nos metía en empresas superiores á nuestras facultades, y siempre envolvía á cuantos le rodeaban en aquella actividad febril é insaciable, en aquella vida de vértigo, en aquel trabajo abrumador, que le hizo decir á su secretario de Cámara y amigo muy del alma, el Deán de Salamanca, Sr. Repila, una de las frases gráficas en que abunda su amenísima conversación chispeante de ingenio, frase muy celebrada y reída por el P. Cámara: «Sr. Obispo: aquí, para descansar, nos hace falta que hagan Arzobispo á V. E. y nos manden un Obispo de ochenta años que firme *Grabiél*.»

Había que perdonarle, sin embargo, no sólo porque él trabajaba más que todos juntos, sino por el generoso desinterés con que trataba de buscar el lucimiento ajeno. Lo mismo que con sus discípulos en la Orden, hizo después con cuantos hombres de valer ha encontrado en su camino. Para formar en su Diócesis un clero escogido é ilustrado con los jóvenes sobresalientes del Seminario, creó el Cole-

gio de Estudios Superiores eclesiásticos de Calatrava, único en su género en España, que tantos y tan buenos frutos ha producido; estimuló á algunos jóvenes á seguir carreras especiales, pensiónó á no pocos para ampliar sus estudios en Roma, y ayudó generosamente con su dinero á las empresas literarias de los que sobresalían. No hubo servicio ni mérito que largamente no recompensase. Conocedor de las virtudes verdaderamente apostólicas del Párroco de Alba de Tormes, le encomendó la dirección espiritual del Colegio de Calatrava, y como una vez el Nuncio de Su Santidad le manifestase sus preocupaciones para encontrar persona de abnegación suficiente para la diócesis de Barbastro, no subvencionada por el Gobierno, «¡yo la tengo!» exclamó el P. Cámara, y expedido el nombramiento, se fué con él á Salamanca, llamó al director de Calatrava, le llevó á la Capilla, y allí puesto de rodillas, le leyó la circular diciéndole que no le permitiría levantarse sin dar el consentimiento. Así elevó al humilde Cura de Alba de Tormes á la dignidad de Obispo de Barbastro que hoy ocupa.

Artista por naturaleza, él protegió á las artes y á los artistas con liberalidad; él dió á conocer en España al escultor Marinas, encargándole los magníficos relieves del templo de San Juan de Sahagún, acreditó á Tarragó con la restauración del zócalo de la Catedral y á Repullés con los planos de la grandiosa Basilica teresiana, y ha protegido al pintor Vidal, que era diocesano suyo, de Vitigudiño. El descubrimiento de un gran poeta cristiano en su diócesis, fué para él un acontecimiento que se creyó obligado á comunicar á sus compañeros de Episcopado, en una hermosísima circular, como un suceso faustísimo, y no contento con ello, le pidió sus composiciones y las imprimió á su costa para repartirlas profusamente, encabezándolas con un prólogo en que vibra el entusiasmo de un alma enamorada de todo lo bello, y que escrito al calor de los versos del poeta, es quizá lo más brillante, sentido y brioso que ha escrito en su vida el P. Cámara. De entonces data la justa y merecida fama que hoy goza Gabriel y Galán. Ni sólo á los artistas vivos, sino también á los muertos, extendió su protección: años llevaban poco decorosamente sepultados los restos del insigne compositor y últi-

mo profesor de música en la Universidad salmantina, Doyagüe, cuando un día se presentó el P. Cámara ante el Cabildo, diciendo: «Vengo resuelto á que Doyagüe tenga un sepulcro digno de su gloria», y al poco tiempo le erigió el suntuoso monumento donde hoy reposan sus restos en la Catedral vieja. Posee la Catedral una verja de inapreciable valor artístico en el sepulcro del Obispo Anaya, verja para cuya adquisición hicieron unos extranjeros tentadoras proposiciones al Cabildo, alcanzado á la sazón de recursos; y al saberlo el P. Cámara, exclama con energía: «¡Esa verja no se vende, aunque todos nos muramos de hambre, y menos á extranjeros!» El descubrimiento casual de un antiguo sepulcro en la Catedral vieja, por unos obreros á quienes había encargado limpiasen los muros de piedra de antiartísticos blanqueos, le sacó de tal manera fuera de sí, que en gorro y en zapatillas como estaba en su escritorio, corrió á la Catedral y empezó á dirigir aquellas obras, que dieron por resultado el hallazgo de verdaderos tesoros arqueológicos, hoy universalmente admirados.

Toda idea noble, relacionada ó no con su ministerio, hallaba eco en su corazón; pero no el eco estéril que siempre encuentra en la generalidad de las almas buenas, sino manifestado inmediatamente en obras. No tienen número las que, fuera de las citadas, promovió activamente en su diócesis, donde por todas partes se advierten luminosas huellas de su fecundísimo pontificado. Durante él se establecieron en la diócesis salmantina los Carmelitas, los Salesianos, los Capuchinos y las Siervas de María; él fundó en Salamanca las cocinas económicas, el Protectorado y el Círculo de Obreros, y una fonda en Alba de Tormes, para comodidad de los peregrinos, amén de un hermoso edificio que con igual destino acababa de terminar al morir; restauró el zócalo de la Catedral, le regaló un púlpito soberbio, y aun acariciaba hermosos proyectos para embellecerla trasladando el Coro y haciendo un grandioso retablo; levantó de nueva planta el palacio episcopal y la monumental iglesia consagrada á su hermano de hábito y patrón de Salamanca San Juan de Sahagún; abrió al culto restaurándola la abandonada Iglesia de San Sebastián, aneja al antiguo Colegio de San Bartolomé; fundó el hos-

pital de Macotera y venció las dificultades que se oponían á la erección del de Salamanca, que gracias á él ha podido terminarse; ha restaurado en su diócesis un número asombroso de templos, y levantado otros muchos de nueva planta. Temíase la desaparición de las Facultades de Medicina y Ciencias de la gloriosa Universidad salmantina, y el Padre Cámara, enfermo y achacoso, acude á su llamamiento, y consigue en Madrid la concesión que las salva. Aún acariciaba en sus últimos años una idea grandiosa enderezada á restaurar el antiguo esplendor de la hoy decaída Universidad salmantina: la de convertirla en Centro general é internacional de Estudios para España y la América latina, que además estrecharía los lazos de aquellas Repúblicas con la Madre Patria. Una de sus más curiosas campañas fué la que sostuvo con sus celebradas circulares para el fomento del arbolado, tan necesario en las áridas y caldeadas llanuras castellanas; para lo cual ordenó á los párrocos la plantación de árboles en los atrios de sus iglesias, y él mismo compró en Alba de Tormes terrenos que dedicó á igual objeto, haciendo además jardines en el Palacio episcopal, delante de la gran Basílica en construcción y ante la casa de la *Guía* que acababa de construir, sin contar la frondosa quinta de *Buena Madre*, por él adquirida y cuidada y exornada en la Sierra, donde buscaba retiro para sus trabajos, solaz á sus dolores ó descanso á sus fatigas, sin el escrúpulo del abandono de la diócesis que le impedía buscar con más frecuencia los mismos bienes donde mejor y más abundantemente los encontraba: entre *los suyos*, en la dulce comunicación de sus hermanos y discípulos de El Escorial. Dependiente de su Colegio de Calatrava, monta en la capital de su diócesis una imprenta con todos los adelantos modernos, y además de dos periódicos que en ella sucesivamente ha fundado: *El Criterio*, que desapareció, y *El Lábaro*, que aún subsiste, fundó igualmente dos revistas que gozan de próspera vida, una piadosa y popular, *La Semana Católica*, y otra literaria y artística, impresa con gran lujo, enderezada á la propaganda para la realización de su grandioso sueño, la erección de la *Basílica Teresiana*, cuyo título lleva. Allí publicó algunos tomos de las *obras del Beato Alonso de Orozco*; allí,

arrojando á sabiendas el dinero por la ventana, emprendió y llevó á cabo la magna empresa de erigir un monumento á Fr. Luis de León con la publicación de todas sus obras latinas, la mayor parte inéditas y muchas desconocidas, en siete gruesos volúmenes que en su mayor parte ha tenido que regalar.

Si todo esto hizo por su diócesis, que visitó por completo tres veces y otra en parte, y de cuyo estado llevó á Roma las relaciones canónicas en repetidas visitas *ad limina Apostolorum*, su influencia en los asuntos religiosos generales de la nación le habían constituido, á pesar de la importancia relativamente escasa de la diócesis que regía, y de la que había hecho promesa de no salir sino por orden del Papa, en la primera figura, indiscutible é indiscutida, del Episcopado español. Elegido repetidas veces senador por la provincia eclesiástica de Valladolid, cuantas veces en el Senado se ventilaba alguna cuestión relacionada con los intereses religiosos, allí acudía el P. Cámara á sostenerlos, siempre á la cabeza y no pocas veces solo, con aquella briosa elocuencia que todos admiraban y aquella alteza de miras y desapasionamientos políticos que le captaban las simpatías hasta de los mismos adversarios. Ya gravemente minado por la enfermedad, convertido en una ruína, todavía fué hace un año á defender la libertad de enseñanza católica, y á pesar de haber tenido que hablar cuando menos lo esperaba, á pesar de los estragos que en sus facultades oratorias había hecho la enfermedad, todavía tuvo arranques como aquel que causó universal admiración por el valor que denotaba, dadas la actitud y las preocupaciones de muchos católicos, en quien había sido frecuente objeto de sus iras enconadas: «¡Aquí soy yo más liberal que todos!» Respondía además esta expresión á una de las ideas con más insistencia sostenidas por el P. Cámara, en consonancia con el pensamiento de León XIII, que confirma su sucesor Pío X: la necesidad urgente de la organización de las fuerzas católicas españolas para la lucha legal, idea por la cual ningún Prelado ha luchado, trabajado y padecido como el P. Cámara. Hallando el principal obstáculo para su realización en los equívocos y en la consiguiente confusión á que en España

se prestaba la palabra *liberal*, á la que el uso corriente ha dado aquí significación puramente política además de la político-religiosa en que la Iglesia la emplea; confusión que explota la pasión política para excluir de dicha organización á fervorosos católicos no afiliados á determinadas escuelas ó partidos determinados, el P. Cámara se decidió á arrostrar iras políticas cuyo encono tenía bien experimentado, planteando de frente el pavoroso problema y estudiando la cuestión en una pastoral notabilísima que envió á Roma, de donde vino la plena confirmación de sus soluciones, según las cuales, la denominación de *liberal*, á lo menos en España, aunque odiosa y no recomendable en general á los católicos, era absolutamente indiferente siempre que, mediante las debidas explicaciones, quedase reducida á una denominación puramente política. Alrededor del documento del P. Cámara y de la contestación de Roma se ha hecho intencionadamente por mucho tiempo la conspiración del silencio; pero ya empieza á abrirse camino, y la posteridad ha de considerarle como uno de los más transcendentales para la Iglesia española y para la paz de las conciencias en el último tercio del siglo XIX. La misma idea sostuvo en los Congresos católicos, de algunos de los cuales fué el alma, como del de Zaragoza, donde con un viva oportunísimo calmó la tempestad levantada por las pasiones políticas, y á cuyo final pronunció un discurso que fué un acontecimiento de inmensa resonancia, como el pronunciado en el Congreso eucarístico de Lugo.

En el Congreso científico de Friburgo, al que fué el único Prelado español que concurrió y en el que obtuvo inusitados honores, escucharon los sesudos y graves alemanes con embeleso la majestuosa armonía del habla de Cervantes y la fogosa y movida elocuencia meridional del insigne Prelado salmantino. El mismo día en que llegaba su cadáver, nos preguntaba en El Escorial un sacerdote alemán por el P. Cámara, cuya maravillosa facundia recordaba con admiración, y al saber que acababa de morir, no pudo disimular las muestras de una emoción profundísima. Cuantos asistimos al Congreso de Santiago no es fácil que olvidemos aquella sesión memorable en que, después

de leer Manjón su discurso en favor de la libertad de enseñanza, el P. Cámara, ya muy quebrantado de salud, estrecha al orador contra su seno, y en uno de sus arranques, sube á la tribuna entre aplausos atronadores para pronunciar dos palabras proponiendo entre manifestaciones estruendosísimas de entusiasmo que se escriban en los muros del templo las máximas de Manjón y se haga de su discurso una edición popular que se difunda por todas partes. Y en efecto, poco después la hacía él á su costa y la repartía profusamente.

Volviendo á la idea de la unión de los católicos, no ha de olvidarse la parte efectiva y eficaz que el P. Cámara tomó en un proyecto con ella relacionado: la fundación de un periódico católico independiente, cuya necesidad se reconocía y se declaraba en todos los Congresos católicos, pero á cuya realización, preñada de dificultades de todo género y expuesta á odiosidades suscitadas por intereses de partido y de empresa que se consideraban lastimados, ninguno se hubiera resuelto á no vivir el Obispo de Salamanca. Él contribuyó como nadie á la fundación y sostenimiento de *El Movimiento Católico*, y muerto este periódico y después de efímera vida *La Información*, el Obispo de Salamanca vino á Madrid, revolvió el cielo con la tierra, adquirió una imprenta, fundó *El Universo*, le trazó el programa, y le sostuvo con su dinero hasta que le aseguró la próspera vida de que hoy goza. Aún no habían concluido con esto sus aspiraciones: aún soñaba en convertirle en un gran rotativo, con rica información que hiciese competencia á la prensa liberal. Cuando obedeciendo indicaciones altísimas, y no sin temor á contradicciones mucho más duras que las que sobre mí han llovido, me resolví á estudiar en una serie de artículos *La fórmula de la unión de los católicos*, el P. Cámara fué quien venció mi irresolución, quien me dió las mayores luces y los mejores consejos y los más vivos estímulos; él me dirigió una cariñosísima carta al publicarse por primera vez en forma de libro, y si al darse á luz la segunda edición, debí al Emmo. Sr. Cardenal Sancha abrumadoras atenciones que no son para pagadas, el P. Cámara resolvió las últimas dificultades que á su publicación se opusieron. A tanto llegó en su deseo

de que los católicos españoles emprendiesen la lucha legal, que no vaciló en dar el primero el ejemplo, y en una de las últimas elecciones se vió al Obispo de Salamanca ir con sus hábitos episcopales á depositar su voto en la urna electoral. En la reciente brillantísima campaña del Sr. Maura en defensa de la justicia y de los intereses religiosos con motivo del ruidoso incidente á que dió pretexto el nombramiento del P. Nozaleda para la diócesis de Valencia, vió el P. Cámara una esperanza de resurrección de las fuerzas católicas, y entre las numerosísimas felicitaciones de lo más sano de España que por entonces recibió el señor Maura, sobresalió la de Salamanca, organizada por el Obispo, encabezada por él y seguida de nutridas firmas en que figuraba lo mejor de todas las clases sociales de la ciudad.

III

Fuerza tal de voluntad como la que supone la realización de tantas y tan difíciles empresas por un solo hombre con solos los recursos que por sí ó por su personal influencia ha podido proporcionarse, tiene que tener por base una piedad muy sólida y un celo ardentísimo por la gloria de Dios. Distinguíase el P. Cámara en el claustro por la exactísima observancia de sus deberes religiosos, por el espíritu de oración mantenido con la constante lectura de los grandes místicos españoles, especialmente de los agustinianos; por su recogimiento, su devoción á Jesús Sacramentado, á la Santísima Virgen, á San José, á San Agustín, de quien era hijo amantísimo y ardiente admirador, á Santa Teresa de Jesús y á los santos de la Orden, especialmente á los españoles Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Sahagún y el beato Alonso de Orozco. Del último escribió la vida é intervino como promotor en su causa de beatificación; de San Juan de Sahagún escribió también la vida y le erigió en Salamanca un templo monumental, y á Santo Tomás de Villanueva tomó por modelo en su vida de Prelado; virtudes todas que fueron acentuándose

más cada día durante su Pontificado en Madrid y Salamanca. Aumentar su espíritu de oración contribuyó la necesidad de buscar ayuda y consuelo en las grandes tribulaciones con que amargaron su alma los que no le comprendían, y ante Jesús Sacramentado se pasaba horas enteras, sobre todo cuando alguna pena le amargaba ó le preocupaba algún arduo negocio: allí adquiría aquella resolución vigorosa y aquella constancia de hierro que le hizo superar tantos obstáculos. A propagar esa devoción dedicó uno de sus opúsculos más hermosos, llenos de verdadera unción mística que se insinúa suavemente en todas sus páginas. Su devoción á la Virgen se concretó en los últimos años singularmente en la advocación agustiniana de la *Virgen del Buen Consejo*, ante cuya milagrosa imagen de Genazzano, tan querida de León XIII, que incluyó poco antes de morir su título en la Letanía, pidió el P. Cámara por la Orden en circunstancias para ella bien difíciles; cuya suavísima reproducción en un hermoso tríptico tenía siempre á la vista en su oratorio y en su mesa de trabajo y cuya devoción fomentó por todos los medios, dedicándole también otro hermoso opúsculo. De la devoción á Santa Teresa es testimonio elocuentísimo su proyecto de basilica en Alba de Tormes para dedicar á la Santa un monumento que quería fuese nacional, y digno á la vez de Santa Teresa y de España. La idea del monumento nació, como todas las grandes ideas del P. Cámara, por uno de aquellos arranques suyos que tenían todos los caracteres de inspiraciones sobrenaturales. Celebrábase en Alba de Tormes, con asistencia del Nuncio de Su Santidad, del Arzobispo de Valladolid y los Prelados de su provincia eclesiástica, la consagración de ésta al Sagrado Corazón de Jesús mediante la intercesión de su patrona Santa Teresa, y no pudiendo el reducido templo en que se conserva el precioso depósito de su cuerpo contener la inmensa concurrencia de peregrinos, el P. Cámara se llevó á otro templo á los que quedaban fuera, y allí con palabras de fuego inició el proyecto verdaderamente grandioso para cuya realización dió inmediatamente los primeros pasos.

El interés en la empresa á todos los capitalistas católicos; instituyó las señoras teresianas que habían de arbi-

trar recursos por toda España; viajó, peroró, importunó, fundó para solo ello una revista, y en pocos años es verdaderamente maravilloso lo adelantado que dejó el templo, luchando á brazo partido con la falta de recursos, con las dificultades de las expropiaciones, con las resistencias de los que le tenían por visionario. Que no lo era, que sus entusiasmos sabían acomodarse á las leyes de la razón, lo demostró cumplidamente al sacrificarlos á la verdad, mandando examinar las llamadas espinas que por mucho tiempo se creyó brotaban del corazón de Santa Teresa, y á las que se dió significación misteriosa, y al hallar que no eran tales espinas, ninguna consideración de los que creían recibiría golpe de muerte la devoción á la Santa y que debía tolerarse un error inocente, bastó á detenerle para publicar, por mucho que le doliera, la prosaica verdad, creyendo con razón que la piedad no debe fomentarse á su costa.

Su devoción á San Agustín y á su Orden, merece capítulo aparte. Dentro del claustro, él preparó en su cátedra y organizó con su plan de estudios y las mejoras en ellos introducidas, la radical transformación y el posterior florecimiento del Instituto Agustiniiano, manifestado principalmente en nuestra Revista que él fundó y de la que fué el primer Director y ha sido siempre el inspirador y el alma. Fuera del claustro siguió siendo Agustino antes que nada, ostentando con orgullo el hábito Agustiniiano ó guardando su color en los hábitos pontificales, relacionándose constantemente con sus hermanos, participando de todas sus alegrías y sus tristezas, hospedando en su palacio como en casa propia á los Agustinos que han cursado carreras especiales en la Universidad salmantina, y prestando á la Corporación servicios más valiosos que cuando en ella vivía, el más importante de los cuales, por lo que influyó en la más rápida consecución de aquel su sueño dorado de restaurar las tradiciones literarias y docentes Agustiniianas, fué la cesión por él alcanzada de S. M. don Alfonso XII, del Real Monasterio, Colegio y Biblioteca de El Escorial, á la Orden Agustiniiana. Otros menos conocidos, y acaso tan importantes servicios le ha prestado, como el de haber asegurado los progresos de la Orden en ocasión en que peligraban, gestionando para ello de la

Santa Sede el nombramiento de Vicario General en su constante y generoso cooperador el Rvmo. P. Manuel Díez González. En la organización interna del Instituto, su paso más decisivo y el que más amarguras le ha costado, ha sido la desaparición de la absurda autonomía que, como dice el P. Bonifacio Moral «se decía que *gozaba*, pero en realidad *padeía*» la Corporación en España, y su reducción á la unidad natural de su cabeza el General de Roma; unidad suspirada que él gestionó en unión con todos sus discípulos, y cuya ejecución le encomendó Su Santidad León XIII. Él, generosamente ayudado por los excelentísimos señores Condes del Val y señora Viuda de Gallo, sus constantes amigos y favorecedores, levantó un nuevo Convento é Iglesia á las Agustinas del Beato Orozco, de Madrid, y restauró después, reconstituyendo su Comunidad, el que el mismo Santo fundó en Talavera de la Reina; él inauguró los Colegios de El Escorial, de Valencia de Don Juan y de Guernica; él intervino eficazmente en la fundación de nuestra provincia Matritense, constituída por sus discípulos predilectos empapados en su espíritu é identificados con sus ideas y sentimientos, y en la que tiene un hermano, el M. Rdo. Padre Manuel Cámara, Prior de El Escorial; á él debe esta provincia el nuevo Colegio de Portugalete, que le cedió como testamentario de su madrina de consagración la piadosísima excelentísima señora Viuda de Epalza, y al morir ha sellado su cariño á la misma provincia, dejándole en el testamento su rica y esgocida biblioteca.

Una de sus mayores satisfacciones era ser Obispo de la agustiniana Salamanca, donde no se da un paso sin encontrar recuerdos agustinianos; empezando por la Catedral, en cuyo altar mayor lucen á ambos lados en ricas urnas de plata las reliquias de Santo Tomás de Villanueva y de San Juan de Sahagún; siguiendo á la Universidad, á cuyo frente se yergue la hermosa estatua y en cuya capilla se conservan en magnífico sepulcro los restos mortales de nuestro gran Fr. Luis de León; continuando por sus ruinas, donde contemplaba lleno de pena las de aquel glorioso convento de San Agustín, en el cual, según la tradición salmantina, *jamás faltaría un santo*, y que dió á las letras

patrias nombres tan gloriosos como Fr. Luis de León, Diego de Zúñiga, Lorenzo de Villavicencio, Malón de Chaide, El Beato Orozco, Fonseca, Márquez y Diego González, amén de aquel insigne orador que todos nuestros historiadores literarios conocen con el nombre de Fr. Juan González del Castillo, que era, en efecto, el de familia, sin saber acaso la mayor parte que tiene en la Iglesia el nombre mucho más glorioso de San Juan de Sahagún.

Su oratorio era eminentemente agustiniano; con la única excepción de Santa Teresa, que también puede reputarse como joya de la Orden por haber sido labrada en las Agustinas de Ávila, donde se educó: allí la Virgen del Buen Consejo, Santo Tomás de Villanueva y San Juan de Sahagún son las figuras que descuellan. «En cuantas ocasiones se han ofrecido, dice el ya citado P. Bonifacio Moral, la Orden Agustiniana ha contado y cuenta, antes que con la de nadie, con la desinteresada cooperación de este ilustre hijo que tanto la enaltece. Al celebrarse el Centenario de la Conversión de San Agustín, él fué de los primeros en ofrecer valioso premio para el Certamen, de cuyo Jurado fué Presidente honorario, y pronunció en las solemnes fiestas que con tal ocasión se celebraron, uno de sus más elocuentes discursos. Al tratarse del Centenario de la muerte de Fr. Luis de León, él fué el alma de todo lo que entonces se hizo, y por él se celebró con el mayor esplendor que se pudo en Salamanca.» Un rasgo final que demuestra lo ligado que, aun viviendo fuera de ella, se encontraba su espíritu con la Orden, es el legajo sellado que deja en su testamento con esta inscripción: «Para *mi* Padre General.»

Con decir que había tomado por modelo de su pontificado á Santo Tomás de Villanueva está dicho que la virtud en que más sobresalió fué la que mereció á aquel gran Arzobispo de Valencia el título glorioso de *Padre de los pobres*. A poco de tomar posesión del obispado de Salamanca y sabedor de que en el pueblo de Macotera hacía estragos el cólera, allá se fué sin vacilar, reanimó con su palabra elocuente los ánimos abatidos, arrastró al cumplimiento de su deber, cogiéndoles á veces literalmente del brazo, á las autoridades aterradas; veló por sí mismo, sin

temor del contagio, á la cabecera de los enfermos, y tales prodigios de caridad heroica realizó, coronados con la fundación al poco tiempo de un hospital en el pueblo, que jamás lo olvidarán los macoteranos. Aquellos sencillos aldeanos sentían hacia él tan profunda gratitud, que llegaban hasta una ruda é inocente inconveniencia en las manifestaciones de su cariño. Frecuentemente se presentaba un aldeano en el Palacio episcopal, prescindiendo de las ocupaciones del Obispo, con alegar que era de Macotera se creía con derecho para tener francas todas las puertas, y en efecto, el Obispo le recibía siempre y sonreía cariñosamente sus ingenuidades. En la solemne procesión de la consagración de la Provincia eclesiástica, un grupo de macoteranos la descompuso, sin que fuera posible reorganizarla, con su repentina irrupción para besar el anillo de *su Obispo*. Llegó á tanto una vez el entusiasmo, que, no contentas las sencillas aldeanas con besar el anillo, subieron á besarle el pectoral, y alguna pretendió subirse á mayores, hasta obligar al P. Cámara á detenerla diciéndole con benévola sonrisa, pero con resuelto ademán: «¡Aquí, sólo mi madre!» *El Lábaro* ha contado el incidente de tres macoteranas, que, después de la muerte del Sr. Obispo, se presentaron en la redacción de dicho diario para que *imprentase* lo que el Obispo había hecho por Macotera, y diciendo: «¡Qué bueno era, qué bueno! Parecía á los santos. Y aquéllo de cuando el cólera no deje usted de decirlo: aquéllo fué un milagro, señor.» Sin contar las numerosas obras públicas de caridad, eran mucho más numerosas las que ejercía con el mayor secreto, tanto que como, viajando con su hermano el P. Manuel Cámara, descubriera éste por cambio casual de maletas, una cantidad que el Sr. Obispo destinaba á limosnas, reprendióle por ello con severidad desusada, y como le advirtiese que no había inconveniente entre hermanos, replicóle el P. Cámara con las palabras del Evangelio: «Ignore tu izquierda lo que hace la derecha.»

¡Y á un hombre tan bueno ha habido quien le atormentó! Desgraciadamente, sí. Para aquilatar su alma y acabar de desprenderla de la tierra, para que más se asemejase á su divino Maestro, sólo le faltaba la cruz, y Dios se la car-

gó pesadísima. No hablemos de los sinsabores anejos al cargo pastoral, doblemente sensibles para un corazón como el suyo, ni siquiera de las grandes contradicciones y luchas que tuvo que arrostrar en casi todas sus empresas, porque todo ello, aunque duro de sufrir, no tiene nada de extraordinario ni insólito. Tampoco he de enumerar entre sus tribulaciones la violentísima campaña de la prensa liberal cuando en Marzo de 1901 se vió obligado á denegar la sepultura eclesiástica á un Profesor de la Universidad que había muerto impenitente y era público heterodoxo, y á reprobar la cobardía y debilidad de algunos que por respetos humanos contribuyeron al deplorable espectáculo del entierro laico; ni mucho menos la triste precisión en que se vió de condenar enérgicamente las doctrinas sustentadas en clase por otro catedrático anticatólico. Prescindiré igualmente de los disgustos que le ocasionó su intervención en el conflicto suscitado hace poco más de un año entre la Guardia civil y los estudiantes salmantinos, que ocasionó un día de luto á Salamanca. Por un sentimiento noble, pero exagerado, de compasión, la ciudad simpatizó con los estudiantes hasta mostrar un injustísimo encono contra el benemérito Cuerpo, que no había hecho sino defenderse y cumplir con su deber; y el P. Cámara, que primero había calmado las iras de los estudiantes con su palabra hasta hacerse aclamar por ellos, incurrió luego en sus iras cuando, velando por los prestigios del orden y tratando de contrarrestar las injustas extremosidades de la ciudad, que llegó á manifestar la exorbitante pretensión de arrojar de su seno al glorioso Instituto, dió una pública muestra de aprecio á la Guardia civil. Se habló entonces de excluir al P. Cámara de la Comisión que vendría á Madrid para gestionar la conservación de las Facultades amenazadas de la Universidad; pero el inmenso prestigio que le dieran en la ciudad los beneficios que á manos llenas le había dispensado, concluyó por imponerse á los ánimos más calmados: el P. Cámara figuró al frente de la Comisión y consiguió lo que pretendía, y la Guardia civil continuó, como era justo, en Salamanca. De los ojos de los individuos del Cuerpo que prestaron los últimos honores al cadáver del Obispo, hemos visto rodar

lágrimas de gratitud por la muerte de su bienhecho r generoso, que restauró su prestigio en Salamanca.

No: todas estas penas las tenía ya descontadas el insigne Prelado al asumir sobre sus hombros el peso del gobierno de una diócesis en tiempos como los presentes. Las tribulaciones anejas al cumplimiento del deber no duelen como las que suscita la ingratitude de los hombres; el odio de los malos no llega al alma como las contradicciones de los que se llaman buenos, y acaso lo son, aunque no sea buena su pretensión de atribuirse el monopolio del bien; las persecuciones de los enemigos son menos amargas que la traición de los que se llaman amigos y acaso hermanos; los azotes de los sayones atormentan menos que los besos de los Judas y aun que las negaciones de los Pedros. Dos grandes ideas tuyas han sido para el P. Cámara fuentes inagotables de hondísimas amarguras: una, la de la unión de los católicos españoles; otra, la de la unión de la Orden Agustiniána española con su natural cabeza el General de Roma. Una escuela político-religiosa que, bajo el especioso pretexto de una supuesta integridad en la fe, se ha resistido con una tenacidad, digna de mejor causa, á las direcciones de León XIII, bien manifiestas en ese sentido; libraba, al tomar posesión el P. Cámara de la Diócesis salmantina, escandalosa y violenta campaña, no ya sólo contra los demás católicos, sino contra los más insignes Prelados de la Iglesia española, incluso el Nuncio de Su Santidad, el después Cardenal Rampolla. Por la influencia decisiva de ciertos poderosos elementos, cuya intervención pública y oculta, mucho más oculta que pública, en estas lamentabilísimas contiendas tuvo que señalar y reprender gravemente León XIII en su famosa carta al Obispo de Urgel, hoy Cardenal Casañas; estaba Salamanca convertida en feudo de dicha escuela, que publicaba allí un periódico inspirado por dichos elementos, y del cual se valían para crear todo género de dificultades á la gestión del Prelado, hasta en cosas tan delicadas y tan de su exclusiva competencia como la educación del clero de su Diócesis. La reseña de un sermón predicado por el Obispo en la Catedral, reseña en la cual se tergiversaba el pensamiento del Prelado hasta atribuirle positivos errores, fué la chispa

que provocó un violentísimo incendio. La prensa del partido reprodujo con fruición la reseña, se escribieron contra el P. Cámara sangrientas diatribas y virulentos apóstrofes, en los cuales se distinguió un famosísimo, benemérito y atrabiliario publicista que empleó casi exclusivamente contra católicos y Prelados, en los últimos años de su vida, la misma ática pluma con que había antes debelado á los enemigos de la fe. Rectificó el P. Cámara las calumnias del periódico, y la rectificación dió ocasión á nuevos ataques del mismo escritor y de otros muchos, y á una campaña sin nombre que duró gran parte de su Pontificado, en el cual se vió forzado á condenar el periódico y su reproducción con título diferente. En esa campaña ha habido de todo: violencias y audacias inauditas como las de cierto sabio y famoso catedrático muy aficionado á oficiar de pontífice laico; emboscadas traidoras y positivos desaires de los elementos que detrás de la cortina manejaban un ejército de fantoches, y hasta la explotación de una estúpida devoción de beatas que hacían novenas á San José *por la conversión del Obispo*, calificado de *liberal*. La unión de la Orden con el General de Roma, sirvió en cambio de base para la acusación de desafecto á las Instituciones reinantes, y á una serie inacabable de ataques por la espalda que, empezando por herirle en sus más dulces afecciones y en sus amores más íntimos en la persona de sus amigos, concluyó por arrinconarle en su Diócesis, vedándole el paso para ascender á donde sus méritos naturalmente le hubieran ascendido. No fué este último grave dolor para su alma; pues á imitación de su modelo Santo Tomás de Villanueva, tan íntima reputaba la unión del Prelado con su Iglesia, que opinaba debía ser indisoluble en lo posible, y por su parte, había hecho el firme propósito, como ya he dicho, de no salir de la ciudad del Tormes sino en virtud de expreso mandato de Su Santidad. Lo que más le dolió, fué el arma vil de la calumnia, esgrimida contra su honra inmaculada de ferviente católico en el primer caso, y de fidelísimo súbdito en el segundo, y en ambos la procedencia del ataque y la bajeza y cobardía de los medios empleados.

La prudencia sella mis labios hasta dejar en la obscuri-

dad la inmensidad de los dolores que amargaron aquella alma nobilísima y permitir que la memoria de la víctima inocente permanezca para algunos nublada por la sospecha. No he de soltar las amargas verdades y las más amargas reflexiones que se agolpan á mi pluma: creo que el homenaje más grato que puedo rendir á la bendita memoria de mi queridísimo maestro es la imitación del silencio y del generosísimo perdón. Este fué de su parte tan heroico, que si yo pudiera referir cuanto sé é indicar mucho más que sólo Dios sabe, la figura del P. Cámara rayaría á la altura de las de los santos más admirables por el perdón de las ofensas. La primera vez que se vió víctima de la calumnia buscó naturalmente consuelo en sus amigos, y me dirigió, para su publicación en la REVISTA AGUSTINIANA, una hermosísima carta en que manifestaba la nostalgia del claustro y de nuestra compañía, y después de rectificar los falsos conceptos que se le atribuyeron, terminaba con esta frase exactísima: «No han entendido ni mis palabras ni mi corazón.» Pero desde que vió que su rectificación surtió efecto contraproducente, ni en esa ni en sus sucesivas tribulaciones volvió á exhalar una queja; á los piés de Jesús Sacramentado devoró todas sus lágrimas, y Él solo sabe los hondos misterios de dolor y de resignación que pasaron por aquel espíritu y los inefables consuelos que allí en cambio recibió. Yo le he visto levantarse de allí como Jesús en el huerto; yo le he oído reprenderme dulcemente las frases de indignación que brotaban de mi alma al ver triunfante la injusticia; yo le he admirado llevar en silencio dolores propios que, aun siendo ajenos, no podíamos sufrir los que le amábamos; yo le he visto sonreír sin el menor dejo de ironía y tender generosamente la mano y colmar de beneficios á los mismos que le dieron á beber el cáliz de la amargura. Una de las últimas frases pronunciadas en su lecho de muerte demuestra, mejor que nada, hasta qué punto el hábito del sacrificio silencioso había purificado su alma: «Nada, nada de consuelos humanos» ¡Dios mío! Terrible cosa es que lo que llaman prudencia ate mi pluma hasta el punto de que continúe sin entenderse del todo el corazón del P. Cámara. Mas pasarán las circunstancias que hoy lo impiden, y el recuerdo del már-

tír y el honor mismo del hábito que vistió, exigirán que se haga con él lo que los Carmelitas descalzos hicieron con San Juan de la Cruz, lo que él mismo hizo con la Venerable Vizcondesa de Jorbalán; y si Dios me conserva la vida, yo, el último, pero acaso el más querido de sus discípulos, consideraré entonces estricto deber de conciencia, como medio necesario para hacer ver toda la grandeza del mártir, lanzar al público, dándole á conocer documentos ignorados, todas las angustiosas peripecias de su Calvario, con los nombres y apellidos de los verdugos. Cuando cese el reinado de la prudencia empezará el reinado de la justicia.

IV

Con ocasión de la muerte del P. Cámara ha hecho notar un sabio Profesor de Medicina de la Universidad de Salamanca, que la enfermedad de la diabetes, que ha llevado al sepulcro al eminente Prelado, es á veces producida por los disgustos. No agravaré los remordimientos de sus enemigos con la responsabilidad de su muerte prematura, aunque á ella sin duda contribuyeron; porque en gran parte ha de haber contribuído al mismo efecto el exceso de trabajo, la fiebre de actividad, la inmensa labor espiritual que no pudo menos de causar estragos en un organismo como el suyo, nervioso hasta el paroxismo, endeble y delicado. Los accesos frecuentes de anemia que ya padeció en el claustro, cesaron por de pronto con la vida de actividad y movimiento durante su episcopado; pero reproducidos en varias ocasiones por excesos mentales y por impresiones morales, se complicaron en los últimos años con la diabetes.

Desde entonces empezó á decaer rápidamente: su hermoso rostro se fué poniendo pálido y demacrado; su expresiva mirada se volvió lánguida y triste; su palabra, antes tan flúida y apasionada, se tornó premiosa y sin vigor. De cuando en cuando, sin embargo, bajo la influencia siempre de impresiones morales, brillaba en sus ojos un relámpago de entusiasmo, y se animaba su rostro y fluía

rica y llena de imágenes y de arranques la palabra: era el supremo esfuerzo de aquel espíritu que sacudía las rejas de la cárcel del organismo, esfuerzo que solía concluir por el cansancio y un mayor abatimiento. Aquel hombre, que era todo espíritu, todo corazón, hubiera acaso podido recobrar la salud sin el estrecho concepto que tenía de sus deberes. Cada temporada que pasaba en El Escorial entre los suyos, se le veía reponerse manifiesta y rápidamente; pero á medida que se sentía mejor se avivaba la conciencia de su deber, renacía el entusiasmo por sus proyectos, y no había ya fuerza posible que le retuviera fuera de su diócesis, donde nuevamente se entregaba á un trabajo abrumador que en poco tiempo le hacía perder todo el terreno ganado. Para desvanecer sus escrúpulos y conseguir que pudiera pasar una larga temporada libre de negocios y preocupaciones, obtuvimos para él de la Santa Sede dispensa de la residencia por seis meses, y no hubo medio de resolverle á hacer uso de ella hasta su último y fúnebre viaje á Villaharta, cuando ya estaba medio muerto. Así lo comprendimos su hermano y yo al incorporar-nos á él en El Escorial y acompañarle hasta Madrid: aquel hombre era ya un cadáver. Todavía tuvo durante el breve trayecto uno de sus arranques; aún se reveló su espíritu en el generoso rasgo de indignación con que escuchó los detalles que nosotros le contábamos del bárbaro atentado cometido en Alicante contra el Sr. Maura; pero al querer por dos veces levantarse, no tuvo fuerzas para resistir la su ave trepidación del sudexpres, y cayó las dos veces desplomado en el asiento. Cuando en Madrid besé su anillo al despedirle en el viaje, del cual no había de volver, no sé qué triste dulzura noté en sus ojos y qué tierna expresión en su acento. Después me lo he explicado: el P. Cámara salió de Salamanca convencido de que no volvía, con una clarísima previsión de su muerte. De ello existé más de un indicio.—«¿Sabe V. E., le dijeron en una ocasión sus familiares, que las teresianas han escrito una carta á San José pidiendo por su salud?»—«Sí, respondió con melancólica sonrisa; pero no han tenido contestación». Su protegido, el Sr. Vidal, que había pretendido inútilmente varias veces retratarle, logró por fin vencer su resistencia; pero el Padre

Cámara exclamó sonriendo al autorizarle: «Bien: me pasará como á la Madre Sacramento, que se retrató poco antes de morir». Lo mismo inducen á creer el orden perfectísimo con que dejó todos sus papeles conforme á sus disposiciones testamentarias, y el haber pedido vinieran una Comisión del Cabildo y otra de Párrocos para despedirse de ellos.

Nunca como en su muerte ha manifestado el P. Cámara los tesoros de virtud que había acumulado su espíritu y las dulces expansiones de su hermoso corazón. Momentos antes de salir de su ciudad querida, y ya dispuesto el carruaje, se despedía tiernamente de su Virgen del Buen Consejo arrodillado ante su imagen. Dos veces se levantó, avisado por su ayuda de cámara de que iba á perder el tren, y las dos veces halló pretexto para hacerle algún encargo y volverse á arrodillar. Arrancado de allí casi á la fuerza, todavía desde la puerta volvió los ojos á la suavísima imagen diciéndole: «Tú sola, Madre mía, tú sola puedes hacerlo... Tú harás lo mejor». Quizá pensaba en el sueño dorado de su vida entera, en su adorada Basílica teresiana, por cuyas naves había dado pocos días antes silencioso y melancólico paseo. Quizás se resignaba á la voluntad de Dios, que no le había de permitir verla terminada, como iba temiendo á medida que morían las personas que más le ayudaban con sus donativos: su madrina la Sra. Viuda de Epalza, los Marqueses de Linares, la Marquesa de Bueno, la Sra. de Udaeta y la Duquesa de Alba; hasta obligarle á exclamar: «¡Se me mueren todos mis amigos!» Su enfermedad y su muerte en Villaharta son la enfermedad y la muerte de un santo, pero de un santo que fuera á la vez poeta, de un San Francisco de Asís. Solo con un Capellán que llevaba poco tiempo en su compañía, complácese en aumentar esta soledad, no admitiendo, sino una vez para bendecirlas, á las personas que en el balneario se interesaban por él, y exclamando al hablarle del interés de sus amigos y de la Comisión del Cabildo y de la Orden Agustiniiana que venían á asistirle: «No: no me hable de consuelos humanos». A solas con su Capellán, y echada una misma estola sobre los hombros de los dos, recibe el santo Viático, pide y recibe la Extremaunción y se entre-

ga á amorosos deliquios y transportes de amor divino. Un rayo de sol penetra por la ventana á cuya reja se enredan las flores, y el santo poeta se entusiasma ante la hermosura del cielo, del sol y de las flores, y prorrumpe en exclamaciones bendiciendo á Dios, autor de tanta hermosura. Dios le complació en su deseo de morir solo y entregado casi exclusivamente á los consuelos divinos: su hermano el P. Manuel Cámara, su *Manolo*, como él familiar y cariñosamente le llamaba, no pudo ponerse en camino; el sacerdote que le envió su Venerable hermano, el Sr. Obispo de Córdoba, le encontró ya sin habla, y la representación del Cabildo de Salamanca y el M. R. P. M. y ex-Provincial de la Matritense, P. Bonifacio Moral, que acudió en representación de la Orden, supieron antes de llegar á Villaharta que todo había concluido. Privado de humanos consuelos quiso morir; pero él en cambio no quiso escatimar los últimos suyos, é instantes antes de expirar dictó y firmó con trémulo pulso el hermosísimo documento dirigido á sus diocesanos, y que el Cabildo conservará como reliquia puesto en un cuadro en la Sala Capitular: «Queridos diocesanos: Por pensar en vosotros y en mí, he estado absorto en mis pensamientos: me arrojo á las misericordias de Dios, y él proveerá. Afmo. en el Señor: † Fr. Tomás, Obispo de Salamanca. 16 de Mayo de 1904» (1). Hay un momento en esa muerte envidiable, cuyo relato no era posible oír de labios del Capellán Sr. Oca sin que á sus lágrimas se juntasen las lágrimas de los oyentes: el momento en que hablando á solas el Prelado y echando bendiciones, le interrumpe el Sr. Oca para preguntarle creyendo que deliraba: «¿Qué hace, Señor?»—Déjeme, contestó: estoy recordando nombres queridos y dándoles mi última bendición.» Y si á cualquiera hubiera conmovido este relato, ¡qué sentiría yo sabiendo que mi nombre fué uno de los primeros que acudieron á sus labios!

La muerte, verdaderamente preciosa, del P. Cámara ha sido por todos sus caracteres digno coronamiento de una

(1) Puso esta fecha, después de vacilar, por habersele ocurrido la idea el 16; pero dictó y firmó el documento el 17, fecha de su muerte, pocas horas antes de entregar su alma al Señor.

vida de abnegaciones y sacrificios propios juntos con nobilísimos entusiasmos y vivísimo interés por el bien ajeno. Lo solemne del momento ha comunicado mayor grandeza y dado interés mayor á sus últimos actos; pero, fuera de esta diferencia accidental, en ellos se ha manifestado el P. Cámara tal como fué durante su vida éntera; con aquella piedad tan sólida como dulce y efusiva, con aquel fervor tan intenso como ardiente, con aquel absoluto desprendimiento de sí mismo y aquel interés por todos los demás, hasta con aquella su ingenua admiración de artista cristiano por la belleza creada, en que veía un reflejo de la infinita belleza. Digno hijo de San Agustín, parecía á él en la caridad generosa y expansiva, en el espíritu suave é indulgente, en la benévola compasión hacia las miserias humanas, en aquella simpática propensión á ver solamente el lado bueno de las cosas y de los hombres, y á ganar los corazones más por los atractivos del amor de hijos que por los rigores del temor de esclavos. Como San Agustín, propendía á ver en el fondo de todas las cosas el elemento divino, á considerar el progreso humano como una fase de la ley providencial, la ciencia como una conquista humana del divino pensamiento, el arte como una participación humana de la divina facultad creadora, la moral como una derivación del divino amor, la verdad, la belleza y el bien como distintas fases bajo las cuales se manifiesta el mismo Dios. Como San Agustín, veía en el amor el universal y exclusivo resorte psicológico, y la ley universal que bajo distintos nombres rige el mundo de la materia y el mundo del espíritu. De esta alteza de pensamientos, muy conforme con su modo de sentir, nacía, también como en el Doctor de Hipona, aquella su amplitud y elevación de miras para acoger, fomentar y aplaudir, sin excepción de ningún género, cuanto bueno descubría en la ciencia, en el arte, en el progreso humano, viniera de donde viniera; porque para él un descubrimiento geológico, un adelanto adquirido, una máquina inventada, una mejora cualquiera en el orden religioso, moral, social, político, científico, artístico y aun de pura utilidad práctica y hasta de puro recreo, significaban la reconquista de uno de los bienes perdidos en la primera caída, un

paso dado por el hombre en el camino por donde la Providencia le lleva á sus destinos terrestres y un avance de la humanidad en su peregrinación hacia Dios. Mirado á esta luz el P. Cámara, se comprende por qué reputaba, si no en igual proporción, en la misma forma, perteneciente á su ministerio levantar un templo, erigir un hospital, fundar un periódico y fomentar el arbolado; por qué con igual entusiasmo escribía una circular exhortando para la erección de una gran basilica á Santa Teresa, y anunciaba en otra como suceso faustísimo la aparición de un gran poeta. Para él, en siendo una cosa buena en cualquier orden, era por eso mismo sagrada y divina.

Tal es también la clave de aquella su peculiar oratoria que tan grata sorpresa causó en Madrid al pronunciar sus famosas *Conferencias*, donde alternaban en amigable consorcio las profundidades teológicas y los análisis filosóficos con los conocimientos de las ciencias físico-naturales y las amenidades literarias y artísticas; género de oratoria hasta él desconocido en España y que en vano se ha tratado luego de imitar. Y es que las imitaciones se han reducido á la superficie; es que la vanidad y el deseo de pasar por hombres doctos y abiertos á las conquistas del siglo ha hecho á algunos oradores caer en la tentación á que ese procedimiento se prestaba empleado por quien no fuera el P. Cámara; es que para conseguir que esa oratoria no degenera en profana, es necesario concebir la humana ciencia como él la concebía, como un todo inseparable con la divina ciencia, con la cual se compenetraba y armonizaba á maravilla; es necesario además poseer aquel delicado instinto y aquel esmerado gusto y aquella absoluta ausencia de pretensiones de brillar para no traer á cuento sino lo verdaderamente oportuno, para no preferir el aplauso personal á la ilustración de la doctrina; es necesario, sobre todo, que en auxilio de la inteligencia que con elementos de la ciencia divina y de la ciencia humana constituye un todo orgánico y perfectamente armónico, vengan las efusiones de un corazón como el suyo para animar la estatua regular, pero yerta; que á la luz de la verdad se añada el fuego del amor, tan compenetrados entre sí como sólo podía compenetrarlos quien consideraba á la verdad bajo

el aspecto de bien, y á la verdad y al bien como irradiaciones de Dios, que es amor. Por eso el P. Cámara ha conseguido, sin pretenderlo, lo que inútilmente buscan los que dejan descubrir que lo pretenden: la merecida reputación de persona ilustradísima, de amplio criterio, de amante del progreso humano, de justo apreciador de las legítimas conquistas de nuestra época. Era lo tanto, que de haberse adelantado á su tiempo, de haber tenido que luchar con rutinas y preocupaciones arraigadas, de vivir en medio de hombres apegados sistemáticamente á lo antiguo y sistemáticamente refractarios á todo lo moderno, de haber descollado su cabeza cien codos sobre un montón de pigmeos incapaces de comprenderle, de haberse asimilado como nadie en España la alteza de pensamiento de otro gran no comprendido, de Su Santidad León XIII, han procedido no pocas de sus tribulaciones, al recibir noble y descubiertamente en su pecho los tiros que se dirigían traidoramente al gran Pontífice. León XIII lo sabía, y en más de una ocasión le dió relevantes pruebas, muchas de ellas públicas, pero muchas más secretas, del altísimo concepto que le merecía el Prelado salmantino.

Eminentemente agustiniano y fundado en el mismo modo de pensar y de sentir era el aspecto de su mística; porque el P. Cámara fué un verdadero místico de los de buena ley, como dejó demostrado en algunos de sus libros, sobre todo en los de sus últimos años, y como no podía menos de serlo un corazón como el suyo, amamantado en el claustro, familiarizado con los grandes místicos españoles y especialmente de los agustinianos, cuya lectura asidua constituyó las delicias de su vida entera; como no podía además menos de serlo un alma aquilatada por el dolor. Conforme á ese concepto, la mística del P. Cámara, no era la rígida y austera de los grandes penitentes, sino la atractiva y hasta risueña y jovial de sus santos predilectos; no por el estilo de San Jerónimo y de San Pedro de Alcántara, sino á la manera de San Agustín y de Santa Teresa. Por lo mismo que en todo veía un elemento divino, todo le servía de escala para levantarse á Dios; y lo mismo que el sermón de la montaña le absorbía en contemplación la vista del arco iris ó de una puesta de sol. Un

rayo de luz, un girón de cielo azul y una enramada de flores le sumieron en el momento más serio y solemne de la vida, en el instante de la muerte, en un éxtasis dulcísimo donde se adivinaba que contemplaba inefables hermosuras, verdaderas anticipaciones del Paraíso. Y como de la tierra tomaba pie para remontarse al cielo, con igual facilidad recorría luego en dirección inversa el camino para derramar sobre la tierra los beneficios que en el cielo concebía. Por eso admiraba como á nadie á Fr. Luis de León, el poeta que canta mirando al cielo sin perder de vista la tierra, el poeta de las grandes nostalgias celestiales, el poeta que al contemplar extasiado las hermosuras de la *Noche serena*, lloraba su cautiverio y volvía los ojos á los hombres dormidos para gritarles:

¡Ay! despertad, mortales.

El P. Cámara nos recitaba frecuentemente esta oda, que consideraba la más sublime del que tenía también por el más sublime de los poetas puramente humanos de todos los tiempos y países, y al llegar á este punto, su expresión dulce y melancólica se trocaba en ademanes tan enérgicos, y lanzaba de repente tan agudo y vibrante grito, que nos hacía estremecer en los asientos y parecía como si quisiera sacudir á la humanidad entera para despertarla de su estúpido letargo y llevarla del brazo, arrastrando, á contemplar las grandiosas hermosuras que constituyen su final destino. El celo por la salvación de las almas, el anhelo de comunicar el bien á todos los hombres, y especialmente á los suyos, fué la nota dominante de la mística del P. Cámara. Como San Agustín también, no quería salvarse solo; necesitaba llevar al cielo á todos los que amaba, y amaba á todos los hombres, incluso sus enemigos, es decir, los que de él lo fueran, porque él no lo era ni podía serlo de nadie. ¡Entre aquellos nombres que pronunció y bendijo en sus instantes de agonía, los que le conocemos estamos bien seguros de que figurarían los de aquellos que más le han atormentado!

Tal era el P. Cámara *por dentro*, y de esta interior grandeza eran simples expansiones todas las grandes co-

sas que en su vida realizó. Aun juzgándole simplemente por ellas, España entera ha sentido en su conciencia el peso de la pérdida de un grande hombre; el Rey ha vertido generosas lágrimas; la familia real se ha asociado al duelo de la Iglesia y de la Orden Agustiniiana; los Prelados, con el Nuncio á la cabeza; el Senado, las Academias, la prensa de todos los colores sin excepción..., es decir, con la sola tristísima excepción de la que, atribuyéndose la exclusiva del catolicismo, desmiente su espíritu cristiano llevando sus odios injustísimos hasta más allá del sepulcro, han entonado verdaderos himnos á la gran figura que acaba de desaparecer: jamás se ha visto manifestación tan espontánea, tan universal, tan sentida, de admiración y respeto hacia un Prelado que muere, y menos á un simple Obispo. La diócesis salmantina que le conocía mejor, ha demostrado elocuentemente lo mucho que le quería: en las estaciones se agolpaba la gente en traje de ceremonia presidida por sus autoridades; los pobres trabajadores del campo suspendían sus labores y rezaban de rodillas al pasar el tren que conducía los mortales despojos de su Obispo. En la recepción del cadáver, en su entierro, en sus funerales, todos los balcones de Salamanca ostentaban colgaduras con negros crespones; toda la ciudad asistió con sus autoridades civiles, eclesiásticas, militares y académicas; sus representantes en Cortes, la Diputación provincial, los alumnos de la Universidad con las banderas de las Facultades, el pueblo en masa, que se arrodillaba al paso, que se apretaba y armaba un tumulto para ver á su Padre muerto, que desfilaba después para rezar ante su sepulcro, que expresaba con sentidísimas frases y con amargas lágrimas la sincera impresión de pena por la pérdida de su Pastor bondadoso, de su cariñoso Padre, de su liberalísimo bienhechor. Bien están todos estos homenajes, bien está la estatua con que el pueblo salmantino, por iniciativa de los obreros, quiere honrar la memoria del que, aun sin la estatua, deja allí eterno recuerdo en los corazones de sus hijos y en las obras que erigió; pero los que íntimamente le tratamos, los que hemos bebido sus doctrinas y caldeado nuestro corazón en el contacto con el suyo; los que ante su cadáver hemos recibido la última y más elocuente lec-

ción de las que nos dió sobre la vanidad de las cosas humanas, y hemos comprendido á San Francisco de Borja cuando al precipitarnos á besar aquellos restos queridos, los hemos visto horriblemente descompuestos; los que sabíamos cómo pensaba y sentía el P. Cámara, al apreciar mejor que nadie lo que su pérdida representa para la Iglesia española; lo que para la Orden Agustiniána significa la muerte del que seguía siendo su sombra benéfica; al sentir como no siente ninguno que hayan enmudecido aquellos labios que nos daban sanos consejos y haya cesado de latir aquel gran corazón cuyo calor vivificaba el nuestro, consuélanos la esperanza, la dulce seguridad, humanamente hablando, de que ha cambiado esta vida por la que constituyó el único objeto de todas sus aspiraciones, y ante la cual son humo todos los honores y todas las grandezas de la tierra. Fué grande en vida, y ocultó al mundo lo más exquisito de sus excelencias: es grande después de muerto, y el mundo sólo ha comprendido lo que de esa grandeza interna ha salido al exterior. Si aun conocido así superficialmente resulta tan alta figura, sólo Dios que penetra los corazones ha podido recompensar dignamente los méritos del que vivió haciendo bien y rehuyendo las humanas recompensas, hasta aceptar las ingratitudes; del que murió bendiciendo á los hombres y rechazando los consuelos humanos.

Conservo como precioso recuerdo de mi inolvidable Maestro la pluma con que firmó el acta de inauguración de su Basílica teresiana, y al firmar á mi vez con ella este trabajo, tributo de cariño más aún que de admiración, consagrado á su memoria, por ella, que guardaré hasta la muerte en mi alma, prometo no separarme jamás de sus santas enseñanzas, no prevaricar jamás de sus santos sentimientos. ¡Bendíceme, Padre mío, desde el cielo, como al expirar me has bendecido desde la tierra!

P. CONRADO MUIÑOS SÁENZ,
O. S. A.

60€

